MARTIN DE ANGUIOZAR

EL CABALLERO DE AMEZQUETA

OCTUBRE 1927
EDITORIAL NEREA
EIBAR

El Caballero de Amézqueta

(Novela histórica de la edad caballeresca)

PRÓLOGO

Las familias de Oñaz y Gamboa dieron nombre a los banderizos de la Edad Media, reproduciendo en Guipúzcoa las rivalidades que en Castilla sostenían los Castros y Laras; en Vizcaya los Urquiza, Avendaño, Muxica y Butrón; en Alava los Ayalas y Callejas; en Navarra y Zuberoa los Beamonteses y Agramonteses; luchas tan generales y graves en toda la Península durante el siglo XIV.

Los Parientes Mayores, «aide nausiak», caballeros propietarios de tie-

rras o «rico-hombres», tenían gracias a su poderío y riqueza buen número de personas a su servicio y protección. Secundados por éstos campesinos y aldeanos, y defendidos por sus Casas-fuertes, tendían a arrogarse derechos de jurisdicción en pugna con las autoridades de las Juntas, llegando en su afán de mando hasta pretender administrar justicia, nombrar funcionarios y poseer cárcel. Siendo fundadores de iglesias parroquiales y patronos de ellas, tenían a su voluntad al clero y disponían de los diezmos y primicias.

Era tal el odio que se tenían los cabezas de bandería, que bastaba un pretexto para que llegaran a las manos. Fué tan grande la osadía de los parientes Mayores, que en 1456 enviaron un reto a ocho villas de Guipúzcoa fijando el cartel de desafío en las puertas de Azcoitia, pueblo amurallado a la sa-

zón. Las villas se confederaron en Hermandad para la defensa de sus libertades amenazadas; mas preciso es no olvidar que las legislaciones relegaron siempre al pueblo, habiendo sido dictadas por las ciudades. De ahí la tragedia.

¿Qué principios defendían en aquellas contiendas? ¿Què ideales les impulsaban a aquellas reyertas entre vecinos a quienes no separaban divisiones políticas o religiosas? El afán de mando de los que eran «omes mucho soberbios». Su pecado fué el orgullo. El lema de aquellas emboscadas fué el rencor, la rivalidad y la altaneria. Pero si aquella aristocracia montaraz del Pirineo fué anárquica, preciso es reconocer tambièn que a su influencia se debe la conservación del decoroso sentimiento de la patria, porque la montaña ha sido siempre una proclamaciòn altiva de independencia noble y legitima. Señalemos aqui un

dato que dice más que todas las reflexiones que sobre los banderizos pueden hacer los historiadores: ¡En la Torre de Muñatones, Vizcaya, el caballero historiador Lope García de Salazar tenía una biblioteca!...

La influencia de las parcialidades oñacina y gamboína alcanzaba la parte traspirenaica de Laburdi, donde las familias de Urtubie y Ezpeleta alzaban blasones por la facción gamboína mientras la de Saint-Pée-Nivelle enarbolaba el suyo por la de Oñaz.

Se preguntará tal vez cómo en un pueblo donde predominó la jerarquía patriarcal del «etxeco jaun» o señor del hogar, pudo formarse una corporación aparte llamada nobleza; pero ella era una institución artificial creada por los príncipes en recompensa de servicios militares, sin prerrogativas ni participación especial en el gobierno del país,

disfrutando apenas de ciertos derechos honoríficos con ausencia de toda incumbencia feudal. Los Concejos se reunían al pie de árboles ungidos con el óleo de la tradición.

=

I

LA CASA-TORRE DE SAINT-PEE

«Bortitz eta on»

Las Casas-fuertes que aún vemos de pie en la regiòn vasca de Laburdi, nada prueban contra las libertades y franquicias tradicionales de este pueblo. Esos castilletes, contrarios al espiritu foral, fueron alzados con permiso del ducado de Guiena en representación del soberano de Inglaterra. Los contados edificios de piedra con muros de más de un metro de anchura contrastaban hasta el siglo XV con las demás casas de madera y constituian unas verdaderas fortalezas en relación a éstas últimas

Ya en la centuria siguiente se las agregan gruesas torres cilíndricas que aún permanecen de pié, como en la de Uturbie de Urruña. Hasta entónces no fueron sino grandes construcciones cuadradas que se elevaban a un segundo piso, con pequeñas aberturas de la misma forma u ojival; torres de defensa contra el enemigo invasor y nó lugares de refugio para tiranuelos.

La Torre-fuerte de Saint-Pée se hallaba en pie durante la primera mitad del siglo XIV, de acuerdo con la inscripción grabada en la tumba del barón que la alzó, siendo entónces tan sólo una fortaleza cuadrada y maciza con pequeñas aberturas de la misma forma u ojivales a lanceta. Sobre el zagüanete se leía la divisa de las armas privativas redactadas en ese idioma milenario que no pudo ser destruido ni por el tiempo impio: «Bortitz eta on» (Valien-

te y bueno)

En su escudo campeaban calderas de oro que en heráldica simboliza la suficiencia para albergar y mantener a los deudos, allegados o partidarios de la morada solariega, entre los cuales han de notarse los infanzones de abarca que constituían la hueste banderiza del Pariente Mayor, armados de dardos, hachas, ondas, lanzas y machete o espada ancha y corta sin ninguna guarnición que ampare la mano.

En la planta baja, a un costado del entradón, aparecia la sala del piquete de archeros, hombres de armas, cuerpo de guardia; en el lado opuesto, dos cocinas con sus llares tiznados y calderos pendientes ~~en ellos~~. Una escalera conducía al primer piso, en que se sucedian los departamentos privados de la familia. La piedra viva permanecia al descubierto o era disimulada por una

capa de cal que, a veces, se cubría de tapices. La gran sala, que servía de comedor y de sala de honor, recibía especial decoración. El mobiliario conservaba un caracter de simplicidad primitiva, no desprovista de grandeza. En el centro del edificio surgía un patio en el que se hallaban instalados los establos y caballerizas donde se cobijaron los mejores ejemplares de tiro y silla que trotaron por los bordes de la Nivelle, frente a cuyo humilde curso se asienta la mole de aquella mansión de portón ferrado, principal de la extensa puebla, y a corta distancia de la vía principal que une a través de Saint Pée y en dirección del mediodía los parajes de Zugarramurdi, Sara, Eyalar, Ainhoa, Ezpeleta, Dancharinea y Urdax, con Azkain, San Juan de Luz, Ziburu, Urruña, Olnete, Hendaya y los valles risueños de la desembocadura del Bidasoa.

Era una verdadera fiesta en el castillo cuando se presentaba algún cansado peregrino de regreso de Santiago de Galicia, provisto de narraciones milagreras o de aventuras; y, sobre todo si llegaba trovador provenzal o un juglar que se acompañara en la guzla tiernas cantigas de amor o relatos maravillosos de hechos caballerescos. Las veladas o reuniones tardecinas del hogar eran celebradas con afán, pues en ellas se referían historias prodigiosas de hadas, de encantamiento o hechizos fabulosos, y se entonaban melodías tradicionales en euskera, idioma claro, vivaz y rumoroso como un arroyuelo de sus praderías nataies. En el patizuelo central empedrado con disformes guijos, los palafreneros solían domar y aderezar los potros y un paje enseñaba a volar a los halcones.

II

SEÑOR DE LA NIVELLE

«El público, en general, no se hace cargo de la historia más que en los actos individuales de los personajes»

La Casa-torre de Saint-Pée sur Nivelle en Laburdi, fué la representación oñacina allende los montes en la frontera de Navarra y de Guipúzcoa. (Laburdi es nombre regional que los franceses alteraron en Labourd y Labort). Aún no se había esfumado el siglo XIV cuando la enemistad de aquella familia solariega frente a sus vecinos de Urtubie en Urruña y de Ezpeleta, produjo choques que ensangrentaron los valles

laburdinos. Colocado entre dos rivales y a pocos kilómetros de ellos, Mosên (Señor) Bertrand de Saint-Pée afrontaba las diferencias surgidas en aquellos tiempos tan caballerescos en que se ofrecía la vida por un blasón o se daba la muerte por un agravio.

Fuertes y de prestigio eran sus enemigos de Uruña y Ezpeleta; grandes hijosdalgos, «aitonen semeak». Los nueve lobos negros de las armas del primero y el león rampante del segundo acreditados estaban y no doblarían sus gules ante las calderas de oro del escudo de Saint Pée. El primer «Jaun» (Señor) de Ezpeleta lo fué Aznar en 1050, uno de los doce «ricohombres» de Navarra, y desde entonces sirvieron aquellos en calidad de senescales de Guiena en nombre del monarca inglés o bien a los reyes de Navarra. Un Ezpeleta era obispo de Bayona en

1170. El vizcondado de Urtubie, que asciende al año 1000, dió capitanes a las casas reales de Navarra y Francia, gobernadores, alcaldes etc.

Pero la genealogía de los Saint-Pèe no les iba en zaga. Cuando en la sala del gran castillo, amplia habitación de techo artesonado con preciadas maderas, Mosèn Bertrand se complacía en recitar a su hija, deliciosa criatura de veinte años y única heredera del dominio señorial, los hechos memorables de sus ascendientes, la «rica hembra» Juana de Saint-Pierre, San Pedro o Semper, como describieron las crònicas medioevales, escuchaba con asombro que ya hácia 1007 figurò un antecesor suyo y que en 1270 otro prestaba homenaje en Bayona a Ricardo Corazón de Leòn, hijo de Enrique II de Inglaterra. En 1341 un cercano antepasado suyo se hallò entre los cinco caballeros vascos sor-

prendidos por Pes de Puyanne, alcalde de Bayona, atentado que hizo estallar entre laburdinos y bayoneses grandes reyertas apaciguadas por el príncipe de Gales con una sentencia favorable a los vascos. Eduardo III habia reconocido el valle de la Nivielle al baron de Semper, y una hija natural de Enrique IV, también de Inglaterra, casó con uno de esta casa, quien al fallecimiento de su esposa hizo grabar sobre la tumba de la baronesa sentida frase en latin; «Aquí se vierten lágrimas de dolor que fueron lagrimas de amor». («Hic fiunt lacrymœ doloris quœ erant lacrimœ amoris»). Y Juana de Semper repetía suspirando la poética frase que dictaba con orgullo Mosén Bertrand desde un banco de piedra empotrado en el muro junto a la ventana de donde se atisba el camino. A los pies, un lebrel le acompañaba, las pupilas relu-

cientes, el hocico estirado, las orejas al viento, gruñendo a un gato que se despereza al sol.

El banderizo, de regular estatura, cuadrado de espaldas, barba negra poblada y mirar fiero, experimentaba una impresión de ternura ante la fineza sentimental de su hija. El era gran montero, rècio y bravo en la raigambra, como debian serlo los caballeros de la época, pero una honda tristeza empañaba su gesto noble. La falta de sucesión masculina le retenia caviloso. Quizá un saetazo traidor le hiciera, como al señor de Amezqueta, desaparecer de éste mundo, amenazado como estaba durante aquella vida azarosa en que los enemigos de su estirpe le disputaban de continuo la primacía del prestigio, del coraje y del mando, y mal se viera entònces la heredera sin apoyo de caballero protector que velara por los

timbres de su apellido.Una sola cosa anhelaba, y era ver casada a su hija y poder vivir hasta acariciar a sus nietezuelos.

Intraquilidad, desasosiego, reinaban en aquellos dias de encono, envidias y refriegas.Los señores tenian que prevenir tanto peligro rodeandose de huestes reclutadas en sus localidades;lo cual constituyó el origen de las banderias que, dentro de sus desafueros y procedimientos reprobables, tuvieron la virtud de llevar a cabo una obra meritoria de policia general, de la que tan necesitada se hallaba la sociedad.

=

III

EL BROTE DE AMEZQUETA

«Aquí se vierten lágrimas de amor»

La figura singular y las gracias de que se veía ornada la doncella semperana eran cantadas por los poetas vascones y atraían las miradas y los celos de los poderosos gentilhombres. Era una bendición particular del cielo. Su fama no quedó circunscrita a los contornos septentrionales del Pirineo Occidental, sino que atravesaba las fronteras; y no ya los segundones de las casas solariegas, sino primogénitos como los de Ezpeleta y Urtubie en Urruña, los de Ustariz y Errenta-baita o Azkubea,

en Azkain, los de Aramburu, Argain, Lerembur o Arizmendi en Sara, admirados y rendidos hacianse cruces ante los encantos que brindaba la castellana de Saint Pierre. Su padre lo sabía e interrogó a su hija arrugando un surco en su nublado entrecejo:

-Estoy rodeado de gentes contrarias a mi linaje. ¿Tendré acaso que buscar mi sucesor entre los hidalgos guipuzcoanos?. ¿Algún Amezqueta, Lazcano, Oñaz o Loyola?... ¡Que Dios me ilumine!

-Yo vos juro - comentó doña Juanita,- acatar vuestro mandato tomando marido de prestancia e catadura bélicas, conforme cuadra a nuestra limpia genealogía, e sabed, padre e señor mio, que si fuereis ultrajado por Urtubie, Alzate, Aramburu, Beltxa de Ezpeleta, Gamboa o cualquier otro de vuestros acerbos enemigos, el hombre que men-

tarais a tiempo por esposo mío vos hubiera de vengar con la fuerza que Dios prestara a su brazo lanceador e con el aliento que mi amor hiciera cundir en su esforzado pecho.

-Bien sabe el cielo que non preciso hoy de tal empeño, mas si tal fuera, hasta en la tumba descansara dichoso, e deciros debo en nombre mio a en representaciòn de vuestra difunta madre, que Dios haya en su gloria, que mi voluntad es que vos unais para lustre e brio de nuestra alcurnia con Pedro de Amezqueta, robusto brote de algo más de 25 años, que tiene sus palacios,haciendas ,molinos harineros, huertos, ferrerias, montazgos, pomaredas etc. en Goyerri o tierra alta de Guipúzcoa, caballero mayorazgo tenido por la primera lanza de Vasconia e de espiritu campeador esclarecido.

-Pláceme que el gentilhombre de

Amezqueta sea el elegido para mayor afincamiento del brilló de nuestro abolengo, - afirmó radiante de júbilo la infanzona con una honestidad fuerte y serena, mientras su faz nacarada se teñia de matices de guinda «baserritarra.»

-E añadiros he - prosiguió el laburdino - que ya sin vuestro conocimiento ultimé y puse a buen recaudo conversaciones con las solariegas de Amezqueta, Alegría e Leaburu, que todas ellas pertenecen a la primera, para presentaros candidato digno de la jerarquia de nuestra prosapia, el cual, hallándose en tierra de moros peleando por la enseña de la cruz, tan solo requiere para visitaros el poder licenciarse de tanta escaramuza sarracènica como le embarga.

Fueron acercándose poco a poco curíosas las dueñas y familiares de la baronesita «sampetarra», ávida de felicitaciones y homenajes por tan fausta

nueva como oficialmente la trasmitia el autor de sus dias. ¡Aquel momento tan esperado durante luengos años de mocedad, tan ansiado en sus sueños de oro, llegaba como un rayo de sol a franquear las puertas de la vida a la corola de su amor¡Y las damas de compañia, al retirarse con ella hacia sus aposentos, se permitieron abrazarla con transportes de alegria! Aquella figulina delicada que llevaba el corazón en fiesta, se perdió a lo largo de los corredores del palacio como un velo de muselina blanca y por su alma se deslizó la suave neblina de una lágrima silenciosa. Doña Juana se mostraba fina, esbelta, de rostro oval y frente tersa, mejillas suavemente sonrosadas, nariz y boca en perfecta simetria, ojos claros y serenos, cabello negro-azul, manos de espuma, cintura elegante y pies lindisimos; figura y gestos acariciadores, mas no exen-

nueva como oficialmente la trasmitia el autor de sus dias. ¡Aquel momento tan esperado durante luengos años de mocedad, tan ansiado en sus sueños de oro, llegaba como un rayo de sol a franquear las puertas de la vida a la corola de su amor¡Y las damas de compañia,al retirarse con ella hacia sus aposentos, se permitieron abrazarla con transportes de alegria! Aquella figulina delicada que llevaba el corazón en fiesta, se perdió a lo largo de los corredores del palacio como un velo de muselina blanca y por su alma se deslizó la suave neblina de una lágrima silenciosa. Doña Juana se mostraba fina, esbelta,de rostro oval y frente tersa, mejillas suavemente sonrosadas, nariz y boca en perfecta simetria, ojos claros y serenos, cabello negro-azul, manos de espuma, cintura elegante y pies lindisimos; figura y gestos acariciadores, mas no exen-

tos de cierta energía racial que la hacía aumentar en interès.

El señor de la Nivelle reía gozoso sobre su asiento pétreo junto a la ventana que atalaya el camino por donde se arrastra la «lera», reliquia de la paupérrima vieja vida euzkadiana, mientras el valle y las viviendas de la montaña se desdibujaban con rampantes gasas crepusculares. Parece una nube de algodón el rebaño que se agita a un flanco de la montaña.

De pronto, hendió el aire una voz poderosa, agudisíma, sosteniéndose franca, clara y que parecía interminable. Varios servidores del castillo acudieron hacia el lugar de donde brotó aquel «irrintzina» bravrcón, regresando poco después en compañía de un montañés delgado, musculoso, agil, enarbolando por báculo un «makilla».

Mosèn Bertrand reconoció desde su

observatorio a Lastiry, el mensajero que, cuando había novedades hacia la frontera, solía enviarle Lerembur, el «etxeko jaun» de la puebla de Eyalar. Conducido por Guillemin, hombre de absoluta confianza del barón, e interrogado por éste, Lastiry cumplió en euzkera su encargo con éstas palabras:

«Jaun», teneos ojo avizor, pues la Torre de Aramburu en Sara ha pactado con su vecino el de Alzate en Vera de Navarra, aliado de Ezpeleta, unidos tratan de sorprenderos y atacaros en vuestro solar de Saint-Pée.

Mosén Bertrand púsose lívido de coraje y, ordenando al escudero que atendiera debidamente a Lastiry, hízoles retirar y, empuñando la caballeresca tizona, exclamó acuciado por la impaciencia:

-¡Vive Dios!. Antes de rayar el día estaré con mi mesnada asaltando la

Torre de Aramburu para que vean los mandarines e follones que non he de esperarles a ser atacado, pues que también entiendo de sorpresas, asaltos y emboscadas.

Unos minutos después tremolaba en torno del castillete la trompa junto al atabal; y se sentía el bronce cristiano que desde lo alto interrumpía a las ranas del rio, nocturnas tejedoras entre juncias de charlas de carraca con chismes, chascarrillos y risas embrujadas. Acaso sea una «sorguiña» la cabra que en la orilla semeja un copo de nieve. El avión de gran ave agorera en soñadora contemplación, planeaba lentamente trazando curvas regulares, concéntricas, en el espacio. Pronto la Nivelle bebería el fulgor de las estrellas. Un ruiseñor anunció la noche gorjeando un arpegio de cristal.

—

IV

LA FORTALEZA DE ARAMBURU EN SARA

«Es aquí, bridón, deténte;
Déjame la escena ver,
Y que evoque de la tumba,
Tristes escenas de ayer».
(Longfellow)

A la luz opalina del amanecer empezaron a moverse en dirección de la frontera los secuaces de Mosén Bertrand. A los esfuerzos que durante la noche acudieron de Azkain, Ibarrondo y Elbarronbo, habían de unirse en la ruta otros montañeses afiliados de Amotz y Ainhoa. A través de la campiña, a la sazón poblada de tupido bosque de hayas y

robles sin fecha, los infantes llegarían pronto a la ermita de Santa Cstalina en Eyalar, sitio donde aún hoy, cerca de la tan señorial de Ibarla, se asienta la morada solariega de Lerembur, «etxekojaun» de buenas haciendas, leal al cabeza de bandería de San Pedro y enemigo declarado de Alzate, para cruzar por vericuetos la caseria de Sara y estar a poco tiempo frente al solar-escondrijo de Aramburu que, cual su nombre indica (cabeza del valle), domina las cañadas y gargantas como nido de águila acurrucado sobre un altozano junto a cópas centenarias, escuadriñando en el paisaje, vigilando la frontera del reino de Navarra que no dista mucho más de una legua por la floresta de Etxalar y la senda de Vera, señalada como una de las vías emigratorias prehistóricas del Pirineo; primitiva calzada euzkalduna por la que tal vez caminaron

los celtas, los romanos y los bárbaros del Norte, como por los caminos de Tenarexse, Roncesvalles etc.

Cuando el castellano de la Nivelle llegó con sus fuerzas a un tiro de ballesta de Aramburu, el sol de una mañana radiante alumbraba efusivo las crestas inmutables y los valles pirenaicos, luciendo amatista sobre el brillo pulidor de los vetustos paredones de la Torre-defensa que ha visto esfumarse tantas generaciones bajo los aleros belicosos y que hoy, marcada con la patina del tiempo, cansada por la edad, esparce en torno la sombra del abuelo venerable.

¡«Otsoa, otsoa»! (El Lobo), clamaban los de Aramburu.

¡A veces esas piedras comunicativas, versátiles, elocuentes, donde el benemérito lapidario euskadún escribió una página de nuestra historia, mitigan la

decepción que nos causa el mutismo de nuestros predecesores que pasaron junto a ellas! Dos cuadrados torreones se yerguen retadores. De aquellos señores montaraces, verdaderos eremitas, que habitaron como el jabalí, el oso y el lobo en el fondo de los barrancos del Pirineo vasco, andurriales sin tráfico ni tránsito, no nos ha quedado más huella que la que se deriva de las macizas torres y espesos muros que les albergaron. Hasta los pájaros resguardan sus nidos colgándolos en alto.

El semperano cercó la fortaleza «sa ratarra» y los sitiados se parapetaron tras la muralla que, después de largas embestidas, hubo de ser abandonada en pos de los torreones de defensa donde acosados y dispuestos a perecer se sostendrían los mercenarios de Aramburu. Gritos, voces, estrépito de los sitiadores fueron detenidos por una voz

de mando del de Saint-Pée que, desnudo el acero del espadón en mano y seguido de un lebrel con el rabo entre las piernas y, arengó ante la espectación de los cercados:

-«Jaun» Aramburu, perecer habeis en vuestro acobijo; en vano es que lanceis dardos y pedradas por los resquicios de la mole roquera, que en breve sucumbireis a mi lombarda montada en su fuste o envuelto en las llamas de mis fogatas Salid, pues, a la campa libre, dejando vuestro angosto batidero, pues yo prometo vos mostraros en buena lid e sin traición la mía valia e la vuestra poltronía.

Unas flechas y bodoques disparados por arcos, frondas, ballestas, y otras armas arrojadizas, contestó desde el edificio, y el barón hubo de retirarse ileso, airado, retador, sin volver la cabeza, mostrando su vigorosa enverga-

dura y el rostro descompuesto bajo su cerrada barba negra.

En esto, las injurias de los de fuera y los denuestos de los de dentro, fueron cortados, interrumpidos, por el mismo grito prolongado y estridente que surgió durante aquel naciente crepúsculo del día anterior frente al palacio de San-Pedro; son guerrero emitido por Lastiry, anunciando el peligro de invasión, quejido rústico de aviso, alarma, ira, provocación o desafío, que todo ello podía interpretarse en el tono violento de aquel fogoso «irrintzina»:

-«¡Ay, ay, ay, ay,.... Alzatarrak, Beratarrak, Napartarrak, menditarrak, goyalditarrak,... ujujujúu...!

Los defensores se quedaron perplejos; mas pronto comprendieron que ~~de~~ aquella exclamación estridente encarnaba su libertad. De la fortaleza acometida brotaron estruendosas carcajadas,

vìtores y cantos de ballesteros mezclados con alaridos de odio y venganza. ¿Qué había pregonado el diligente Lastiry con su «irrintzi» repetido en señal de peligro?. ¿A qué se debió aquella intervención oportuna de Lastiry en favor de Mosèn Bertrand y por la cual se supo de refuerzos que libertarían al cabecilla de Aramburu?.

El «etxeko-jaun» o «auzapeza» de Lerembur, previsor del riesgo, habia apostado a Lastiry en el paso de la frontera por donde, en caso de sorpresa, podía llegar la facciòn de Alzate de Vera. El intento se llevò a cabo tal y como lo había sospechado Lerembur, y he aquí la causa por la que su servidor Lastiry anunciaba al viento el peligro en sus «irrintzinas» corajudos: «¡Ay, ay, ay, ay, ay,... aquì estan lo de Alzate, los de Vera, los Navarros, los montañeses, los hombres de las al-

tas cumbres... ujujujúu...!». Era el telégrafo y teléfono de aquellos tiempos ese «irrintzina» cuyo misterioso acento solo conocen los habitantes de las cimas enhiestas.

-¡Ira del cielo, - exclamó furioso Mosèn Bertrand,y se retiró con sus jinetes y peones «sabeltxuris» camino de Amotz, por donde presuroso debía replegarse a Saint Pée recelando que le cortasen el paso con alguna escaramuza los aventureros «sabelgorris» de Ezpeleta, aliados a Alzate y Aramburu, que podian con tal propósito haber sido avisados a tiempo. (Recibían la denominación de »sabeltxuris» o vientres blancos los partidarios de Saint Pée a causa de las fajas blancas con que rodeaban sus cinturas, en contraposición con el nombre de «sabelgorris» aplicado a sus enemigos, que las usaban encarnadas).

-¡Ira del cielo!- insistía el banderizo;

deletreando un denuesto cuyo acento tableteaba en el aire, mientàs pensaba en esquivar una encerrona.

—

V

«BELTXA» DE EZPELETA

«¡Gora Beltxa!»

Aquellas presunciones que fueron causa de la retirada presurosa del «Jaun» de Semper, debian fatalmente cumplirse para desgracia suya y de sus partidarios, viniendo a formar una página luctuosa en los anales de la historia particular de Laburdi durante la época en que, por haber sido anexionados a la corona británica, los vascos-franceses de hoy eran vasco-ingleses sin haber dejado ni un momento de ser lo que coustitnye su verdadera nacionalidad: «euzkaldunak». Y ello fuè cuando los

«sabeltxuriak» enderezaron por Sara y su primitivo barrio de Eyalar, llegando en tropel de regreso a las cercanías de Amotz junto al puente que cruza la Nivelle dando fácil acceso a las selvas de Ainhoa, Dancharinea y Urdax al pie del Puerto de Otxondo, (asiento del vetusto cenobio cuya fundación se atribuye en el siglo IX al glorioso rey de Navarra don Sancho «Menditarra», o por contracción «Mitarra») la cuadrilla andariega de Ezpeleta hallábase ya emboscada, pues habiendo sido prevenida por veloces mensajeros de Aramburu, acudió rápidamente a cortar el paso al de Saint Pée con la aviesa intención de acabar con su persona por sorpresa, dando así término a tantas ramalazos de disputas que iban durando generaciones sin asomo de concordia.

Al presentarse el bando sampetarra, una descarga de proyectiles partió de

entre espesos y ocultos boscajes, dando en tierra con el barón y otros hombres de su partida, la cual hizo alto y rodeó a su caudillo en espera de un nuevo ataque; pero el enemigo, realizado su zafarrancho de combate, no demostró interès en proseguir la refriega y, con grandes demostraciones de regocijo y entusiasmo, tomó arisco el rumbo de su tierra gritando:

-¡«Gora Beltxa»! (¡Viva el Negrito!) apodo con que se habia hecho popular el valiente sobrino del castellano de Ezpeleta.

Relinchaban los caballos, ladraban los perros de la trailla y repetía el eco de las montañas la exclamación victoriosa. En el pecho de Mosén Bertrand, maltrecho por un maldito venablo, se iba desojando poco a poco la flor de la esperanza. Sobre la patrulla cundió un hálito de pánico y remordimientos en la

tarde que declinaba con languidéz. El señor, atendido por su escudero favorito, empezaba a sentir la congoja precusora de quien prevee que se le va la vida.

-Fué a traición, Guillemín, - gimió con voz entrecortada; - llevadme presto a mi casona, que preciso dictar mi última voluntad.

Unos fornidos infanzones de abarca le tomaron cuidadosamente en sus brazos y reanudaron el regreso. Hicieron alto en la ferreria de Amotz para hacerle la primera cura y detener la sangre que manaba de su destrozado pecho. Después, el convoy emprendió de nuevo la marcha conduciendo al barón en un carro euskaldún de macizas ruedas. En los lábios de todos los coterráneos que le acompañaban solo habia una murmuración de indignación y de re vancha.

-¡Llególe su hora!. Beltxa ha jurado la ruina de Saint-Pée, pero nosotros le buscaremos un nuevo contendedor digno de su coraje.

En la lejanía, en el fondo de la selva exhuberante, el toque de la trompeta «ezpeletarra» propala como una queja, como un lamento de muerte que vaga en alas del viento.

VI

EL TESTAMENTO DE MOSEN BERTRAND

«Hay una sombra en torno a tus pupilas
Como esas sombras vagas y tranquilas
Que se ven al crepúsculo en el cielo»
(Longfellow)

Mientras éstos sucesos se desorrollaban por el descampo, en la iglesia del lugar oraba Juana de Semper rodeada de sus servidoras de confianza. Al lado del Evangelio, cerca de la Santa Mesa, se aprecia todavía el emplazamiento de la tumba de los señores de Saint-Pée; mas aquellas dos inscripciones funerarias que hemos señalado en el curso de

ésta verídica historia, desaparecieron en trabajos de reparación que ha ído sufriendo el templo recientemente. Doña Juana, contemplando con veneración el gran sitial de su padre y aquellas losas tumbales que cubrian los restos de sus antepasados, rezaba al cielo una plegaria en que como palomas se elevaban ansias exquisitas de renovación, de vida, imperiosamente requeridas por la perpetuación de su añejo linaje.

Abismada en sus pensamientos, dos nombres queridos iban envueltos en las inquietudes que eran manantial de aquella oración: el de su padre y el del elegido de su corazón. Su pupila misteriosa dejó que brotara cristalina perla y un suspiro hondo y perfumado agitó como léve brisa su protuberancia virgen. La baronesa se alzó del pavimento y una dama tomóla del brazo para acompañarla a su mansión. En el por-

tillo del santuario, claveteado de viejos hierros, volvióse la heredera e, indicando el lugar de las sepulturas, observó al viejo párroco Zelaia, flaco, algo encorvado, la cabeza blanca como de nieve, que se aprestaba a despedirla con ojos vivaces:

-Sabed, señor abate, que esa lápida de mi abuela la inglesa, trae hoy a mi alma tristes presentimientos que no atino a descifrar.

-¿Por qué señora?,- aventuró el sacerdote. - Si cierto es que dentro de éste sagrado recinto «se vierten lágrimas de dolor que fueron de amor», a un paso de él todo os brinda fortuna, felicidad, el triunfo digno de vuestra belleza sin par e de vuestras cualidades imponderables.

-Retorno presto a la morada, pues que ya siento repiquetear sobre la calzada los cascos ferrados de las acémilas

conque partió de madrugada la mesnada de mi padre, - y retiróse inquieta la sempetarra.

Y, en efecto, el bando local iba ya llegando a su destino custodiando al herido que yacia tumbado sobre un montón de helecho en la carreta de una yunta bovina cabizbaja, de andar lento y cansino, animada por el rechinamiento del eje, parecido al de ur a sierra que se aguza o de una puerta que chirría.

La comitiva se detuvo junto a la entrada de la residencia señorial cubriendo el claro que se ofrecia a modo de plazoleta. Subieron los privados al desfallecido caballero hacia su dormitorio y desnudándole, pusièronle en el lecho, le lavaron las heridas y aplicaron los emplastos recomendados por saludador herbolario. Juana de Semper besó la frente hidalga desu padre que, livido

y sintiendo adueñarse de todo su sér el sudor frio del postrer momento, mirábala fija y amorosamente. El maldito dardo traidor le habia partido el pecho.

–¿Os hallais mejor por ventura, padre mío?,- susurró ella estremeciéndose y acercando a la boca sedienta el borde sutil de una copa.

El noble movió tristemente la cabeza en señal negativa y doña Juana derramó abundantes lágrimas. Guillemin, el tan adicto escudero, interrumpió aquella expresión de dolor:

-Señor mío,¿ podèis ya dictar vuestra última voluntad, como deseabais?

El enfermo fijó más aún sus pupilas mortecinas en la heredera y, haciendo un esfuerzo supremo, arranque enèrgico de férrea vuluntad y tesón caballeresco, sonrióse y movio los lábios descoloridos para pronunciar con voz apagada y cariñosa ésta palabra con-

movedora:

-«Amezqueta».

¡He ahí su testamento, señores - observó el «auzapeza» Lerembur con tono grave y pausado a los presentes,- e velar habemos por su cumplimiento!,

Después, el sacerdote Zelaia ejerció su misión y el señor de la Nivelle perdió el conocimiento para dejar volar su espiritud en brazos de su adorada hija, sobre quien parecía fluctuar breve y conciso el lema de la inscripción sepulcral: «Aquí se vierten lágrimas de dolor que fueron lágrimas de amor»

Guillemìn tomó la tizona de Mosèn Bertrad, aquella charrasca que jamás manchó el señor semperano, aquel hierro forjado en el taller de un espadero vizcaino, y la colocó piadosamente formando la cruz en manos del difunto caballero.

Entonces el abate Zelaia, en unión de

los presentes, elevó al cielo sentida oración fúnebre y exclamó; «Bortítz eta on». ¡Traía orla de luto el emblema epigráfico de Saint-Péel.

La campana de la parroquia empezó a moverse lenta y pausadamente, remedando tenaz e implacable el martilleo de los ferrones, y cada golpe funerario caía en el alma de Juanita como una gota de amargura en el cáliz de su dolor. Un sauce lloraba en la pradera.

=

VII

GUILLEMIN EL ESCUDERO

«¡Oh! nubes veloces, naves aéreas, ¡quién pudiera viajar y bogar por el espacio como vosotras! ¡Id a saludar en mi nombre al amor de mi juventud!

(Schiller)

En tierra guipuzcoana, en los confines del reino de Navarra, a la izquierda del rio Oria hállase la puebla de Amezqueta sobre el arroyo Zaspi-Iturri (siete fuentes) a la falda occidental de la sierra de Aralar. Se asienta el pueblo en medio de la comarca montuosa de Goyerri (tierra alta) y próximo a los sitios de Alegria, Bedayo, Albacisqueta y Gainza, dominados por las cumbres de Larrunari, Larragon y Zabalegui,

jurisdicción de buenos pastos que permitían a los lugareños dedicarse a la cria de ganado lanar y caballar, muy solicitada por los traficantes en el cercano mercado de Tolosa.

En el centro de esta puebla radicaba el edificio solar y palacio del linaje de Amezqueta, de Parientes Mayores de la parcialidad oñacina, uno de los allanados a mediados del siglo XV y que subsistió a la orilla de la carretera que llega de Alegría, reconstruido en 1484, según inscripción en su vetusta fachada de escudo nobilario familiar.

El palacio de Amezqueta, aromado de sierra, de cuyo principio y fundación por su gran antigüedad no hay memoria, dió nombre al pueblo y fué solar de cabo de armería adornado de insignias y pavesas, observó por armas propias un escudo de campo de oro. En un árbol verde llamado «ameza»

(roble salvaje o silvestre) de que tomó el apellido de Amezqueta, se empinaba un oso de color natural junto a tres clavos negros con un letrero que decía: «Viva Amezqueta».

Fué la mayor renta que habia en Guipúzcoa, a excepcion del Palacio de Lazcano con quien anduvo siempre unido y emparentado .Era suya la casa fuerte de Alegría, llamada Basurto o Jauregui (literalmente palacio) que tenía sus cubos troneras y todo lo necesario a su fortaleza, poseyendo las correspondientes preeminencias de fundador de la parroquia y sitio de molinos paneros, ferrería, montazgos, tierras, prados, arboledas y manzanales, y ostentando por blasón, que lucía en la iglesía dél lugar, cinco lobos puestos en santor y orlados con ocho aspas.

Amezqueta era Casa-fuerte de fabrica antigua de piedra sillar, con vertien-

tes a las cuatro partes, cuyos señores nombraban los eclesiásticos de la parroquia y tenían en el presbiterio escaño, asiento de barón, así como tumba de piedra labrada con sus rejas de hierro, todo ello como fundadores y protectores de la iglesia. El pueblo de Amezqueta, siendo mera «universidad», se agregó voluntariamente a Tolosa en 1375.

En 1370 Martín Lopez de Murua y Lazcano y doña Elvira Asteiz de Oñaz y Loyola eran señores de Amezqueta, el cual Murua fué Pariente Mayor y cabeza de bando de Oñaz, valiente banderizo que falleció de un saetazo en la cabeza peleando contra los gamboínos del solar de Achega en el vado de Usurbil, cerca de Orio. Por extraña coincidencia, los hèroes de ésta historia, don Pedro y doña Juana, perdieron sus progenitores durante luchas intestinas y en condiciones similares. Hijo de aquel

matrimonio fué nuestro D. Pedro de Amezqueta, uno de los caballeros principales y de gran valor y esfuerzo que hubo en su tiempo en Vasconia; de cumplida estatura, fornido de espaldas, firme y bien plantado en piernas de acero, brazos de hierro, atezado por los aires serranos, los ojos claros y de barba y cabellera rubias.

¡He aquí al joven y fornido brote guipuzcoano elegido por Mosén Bertrand y doña Juana para suceder en el señorío de Saint-Pée dándole vigor y lustre conforme a las tradiciones del linaje!.

Celebrados los solemnes funerales del barón y en cumplimiento de su última voluntad, los semperanos mandaron una embajada oficial al lugar de Amezqueta, la cual fué confiada al leal Guillemín, que obtuvo completo éxito ayudadado por la fortuna; pues suerte fué

y no pequeña, que Pedro de Amezqueta acabara de llegar de pátria de agarenos a su palacio de Maala, en tierra de Leaburu y Tolosa, hallándose descansando de las penurias de una campaña que le cubrió de gloria y honores. Asi es que cuando el mensajero de Saint Pée entrevistose con don Pedro, éste se hallaba inactivo y resolvió sacudir su descanso para trasladarse a la región laburdina en compañia de algunos familiares y con adecuado séquito de acémilas y arreos dignos de gran señor.

Desde su casa pensaba en el gran camino que conducia a paises desconocidos del septentrión, donde las recuas de mulos y los grandes carromatos levantaban nubes de polvo. Esa ruta polvorienta parece que le llamaba como fiel amiga de los corazones audaces y fuertes que tratan la vida como una

aventura, invitandole a seguirla noche y dia cruzando rios y montañas y cambiando de horizontes. Se ofrecía una escolta de gala escalonada a lo largo de la vía; los árboles, los gigantes custodios del camino vascongado.

En su juventud pletórica de vigor y nervio, en su temperamento romántico y caballeresco, soñaba febril con la pura beldad que el destino le deparaba en sus designios secretos, y la visión de Juana de Semper, la homenajeada por los vástagos de Laburdi, Gascuña, o Bearne, habíase adueñado de las ilusiones más caras al corazón del mayorazgo. Ya no concebia la dicha sin el conjuro de aquel preciado talismán.

Guillemin regresó a su tierra adelantándose en varios dias al prometido de su señora con el objeto de efectuar ciertos preparativos para la boda. ¡Y llevaba para dona Juana cual preciado te-

soro, una misiva de D. Pedro, que la haría estremecer de amor!... Guillemín sonreía de júbilo bajo sus mostachos enmarañados, dando cara al porvenir y esgrimiendo el testamento de Mosén de Semper.

=

VIII

EL DESAFIO EN AZKAIN

«Mientras en tu pro se mueva una lanza.
Para tu gloria hay una esperanza»
(Valle Inclan)

Siguióle el gentihombre del Oria con unos dias de intervalo. Tomando la dirección de Tolosa y Oyarzun cruzó con su séquito el Bidasoa por Behobia y llegó a Urruña, donde optó por bifurcar sobre los parajes de Olethe y Azkain para detenerse en èste último ante la casa patricial de Errenta-baita, con puerta en arco de medio punto y que vemos sostenerse en pié desde el siglo XIV.

Era inefable la paz en ese sitio ten-

dido a los pies del monte Larún. Solo podia turbarle la descarga violenta de una de esas tempestades que se desencadenan con frecuencia en lo alto de aquel gigante para atizar sus fogonazos como una rúbrica sobre los hogares campesinos o entre los ojos del milenario puente románico, «a espaldas» del burro», construido en la época de los Antoninos y que peina todavia las corrientes de la Nivelle. Entonces ruge un manantial que entre pudingas se despeña por las alturas, y los buitres revolotean despavoridos en donde reside el ermitaño de la montaña con fama de visionario.

Cerca de Errenta-baita asoma vetusto molino con inscripción del siglo XIV: «Nola neurtzen baituzu, ala neurtuku zare zu» (como medís, así sereis medidos), texto antiguo del euskera venerable. Se ha continuado en ese país la costumbre de conmemorar la fundación o

reedificacion de las viviendas por medio de lápidas escritas, páginas de la vida de un pueblo trazadas por artesanos locales.

Cuando el viajero de Goyerri se hospedò en la morada del «etxeko jaun» de Errenta-baita, situada a menos de dos leguas de Saint Pee, en todo el territorio del distrito semperano cundió la mayor animación. En la Casa torre de la baronia se manifestaba tambièn animación, resaltando rejuvenecida en atavío de nuevas pinturas y reparaciones de que era objeto.

Fijóse la fecha de los desposorios de Pedro de Amezqueta y Juana de Semper para una semana después del arribo del gentilhombre a Azkain y, durante ese tiempo, los novios se entrevistaron cotidianamente ante los privados del señorio; porque asi lo exigian la etiqueta y el buen nombre de la novia

El tercer día se procedió en la ermita de Nuestra Señora del Socorro, de quien hay noticias del año 1000, al juramento solemne de promesa de matrimonio. Aquel día ambos se contemplaron embebidos. Ella le miraba con ojos tímidos de violeta, absorta como una alondra mañanera ante la cabal apostura y el señoril empaque del galán, en quien resaltaba el oro pródigo de una barba sedeña. Bajaron por la ladera frente al Cuello que conduce a Sara y Zugarramurdi, ahora conocido por Puerto de San Ignacio, y entre helechos, mimbreras y zarzamoras, la menta salvaje, el tomillo, la retama y el hongo montaraces les embriagaban con sus perfumes divinos. Al fin, se detuvieron en una caserío tendida al pie del Larún, como un perro a los pies de su amo.

Era ese instante solemne y dulce en que el corazón sale de su letargo para

entrever el sol del amor, fantasma adorado con quien entonó en sueños elgran himno del universo; la alegria se apodera de èl, y la vida, que hervia en su seno, surge a borbotones dejándole aturdido y oyendo confusamente algo como el murmullo del Océano dentro de una caracol marino, semejante al bordoneo de las abejas.

No tan pronto como quisiera la feliz pareja fueron transcurriendo los pocos dias que faltaban para el fausto acontencimiento, y en último de ellos D. Pedro recibiò esta carta remitida por mebio de un jinete que hizo su aparición en Errenta-baita como enviado de Ezpeleta. Contenia una invitación:

«Jaun» Amezqueta: Parece que los de San Pedro a vos han traido para fijo e vengador de Mosén Bertrand que fué muerto en la pelea peleada, como èl cuidaba de matar a mi, e por ende si

vos plugíese nos probaremos vos e yo, uno por otro, fasta que uno de nos, o ambos por ventura, muramos; e vos reto e desafío a duelo e personal combate en la angosta llanura junto a Suraide jinete a la jineta con armadura e paramentos e pica en ristre; esto es si como dicen vos tenís por de gran ~~de~~ valimiento e por la mejor lanza de fijosdalgos mayorazgos e caballeros e gentilhombres e barones de Guipúzcoa. E para que lo supiéredes vos sabed soy contado aquí por el mas esforzado ome en los fechos de armas de toda ésta tierra como en el reino de Carlos III, «El Noble», de Navarra. Yo, «Beltxa», sobrino de «Jaun» Ezpeleta.»

El Pariente Mayor de Oñaz recorrió despacio con su vista el pergamino y. desdeñoso si que tambien arrogante, contestó al espoliche:

-Téngase «Jaun Beltxa» a la espera de que yo casare con la mi dama, que vos digo e prometo e juro que al otro dia de la boda mía, impaciente hallarémе con derecho propio lo más tarde al mediodía en la campa abierta cerca de Suraide caballero de arnés e presto a lancealle e derriballo e matallo; e que si no viniere el valeroso «Jaun Beltxa» al llano cuente por cierta la guerra guerreada de mi ataque, embestida e acometida en los fosos e paredones e saeteras e matacanes e troneras e cubos e torreones e almenas, si los hubiere, o lo demás que se fizo hasta ahora en la Torre de Ezpeleta. E con esto vos digo que podeis partir con tal respuesta de mí parte, e que non tendré miramiento nin del castigo del rey de Inglaterra Q. D. G.

El molino, bajo el empuje del torrente, latía en su tranquilo, regular, monóto-

no palpitar de corazón del poblado.

IX

LOS DESPOSORIOS

»Virgen, apoya tus labios sobre los mios, que quiero beber en ellos la muerte en una copa de rubi»

San Juan de Luz, puerto de gloriosa historia, cuna de avezados navegantes e intrépidos descubridores, poblaciòn a cuyos pies se extiende el Golfo de Vizcaya mientras las nubes coronan su frente, fué el punto designado para celebrar la uniòn de las casas de Amezqueta y San Pedro. La ceremonia religiosa tendria lugar en la Iglesia de San Juan, que procede del siglo XI, considerada como modelo de tipo vasco.

La boda se llevó a cabo con gran solemnidad; tanta, ~~como~~ que no recordaban haber presenciado en aquella villa alarde cual el desplegado por la presencia de la nobleza laburdina y guipuzcoana, emparentadas con los señorios de Zaspi-Iturri y de la Nivelle. Asistían caballeros y damas llegados en carrozas con séquito de servidores, alojados de antemano en San Juan de Luz y Ziburu, barriada en aquél entónces de la jurisdicción de Urruña, que abarcaba hasta Hendaya y Biriatu, así cómo también representaciones oficiosas de esas localidades y de los poblados aledaños. La muchedumbre llenaba las calles y era impotente el aspecto que ofrecían llenas de coches, carros, caballos y mulas de tiro, silla o de «artolas» en que se viajaba por parejas. La algazara se desató al ver salir del templo a los contrayentes asidos levemente de las manos

y seguidos de tan brillante cortejo. En el átrio detuviéronse a recibir parabienes de los asistentes a la solemnidad, en tanto que el pueblo emocionado les vitoreaba arrojando flores a su paso. El clero con el abate Zelaia a la cabeza despidióles también en medio de bendiciones y votos de felicidad. Una vez solos en la carroza nupcial que debía conducirles de regreso a Saint Pèe, don Pedro asió de las manos a la que ya era su esposa y musitò de modo que el aliento de sus palabras acariciara los rizos del cabello de reflejos azulados:

-Señora mia, el Dios de lo Alto dispuesto tuvo que hoy nuestras almas se ayuntaran en santo amor eterno.

-Esposo mío - suspiró la bella bajando su mirada de ensueño, - en medio de felicidad y honra tan grandes y sin par, una honda pena fiéreme el corazón; y ella es que que muero por querer saber

si la nuestra unión fuera duradera y larga,..

-Si ello alude a la deuda de honor que cumplir debo mañana al mediar el día, tranquila quedad,mi adorada doña Juana, e vos suplico con todo el mayor rendimiento de mi persona que non pongais impedimento a tal honra del caballero guardador del apellido y vengador ya por derecho adquirido de vuestro padre y preclaro linaje, que son desde hoy el mio propio por serlo de la reína de mi corazón. Morir por vos debe ser una dicha celestfal.

-!Ah!,- suspirò la baronesa temblando su mano de rosa y ámbar como la hoja en el árbol, y prosiguió con el acento melancólico de una ardiente plegaria:

-En llegando a nuestra estancia, vos he de pedir por el amor de Dios y por la memoria de mis padres, que si ya es

de vos toda verdadera mi alma, non debe serlo mi vida entera en tanto no fagais debido cumplimiento a la venganza de la muerte del tan noble caballero Mosèn Bertrad; e que si por ventura salieredes vencedor, vos dare ésta mi existencia completa, e que si ¡ah!, fuerais muerto en la maldita pelea, non pueda decir nadie que vos compré con mi honra...,

Y Juana de Semper, pálida como una azucena, más bonita que nunca, cayò en el refugio de los brazos del gentilhombre,mirando a través el arco iris de sus lágrimas; explosión de dolor y de apasionado sentimiento que el destino suele sujetar a sus leyes inexorables venciendo hasta las almas de temple de acero. Se abrazaron como el sol y la tierra en su primera alborada.

-¡Sea!; - gimió Amezqueta con aire de resignación y sometimiento, - e ¡vi-

ve Dios! que sois en verdad la más digna fermosura e la más pura virgen de aqueste mundo.

Dos corazones se fundían en el crisol del cariño. Al sentir D. Pedro que iba ya recuperando la serenidad un tanto en jaque durante aquel idilio, alzó los ojos para volver a observar la seducción arrebatadora de doña Juana, nivea como una garza de albo plumaje en aquel traje de desposada, sugeridora en su esbeltez escultórica del torneo irreprochable de una Venus de Carrara cincelada por Canova. Sus ojos, de azul heráldico, irradiaban el fulgor del primer lucero vespertino y la rosa fragante y húmeda de su boca se entreabría brindando irisados nácares encerrados en la roja carnosidad de una cereza de Itxasu. ¡Maitia!...

Cuando al fin del viaje nupcial el torreón de Saint Pée asomó la altiva silue-

ta de su mole entre deliciosas praderas esmeraldinas, resonaba en el valle el chasquido belicoso de una honda y en la montaña circundante el hacha alfilada del «aizkolari» o leñador y el tierno mugido de un «txekorra».

X

DUELO EN SURAIDE

«¿Es el fin, Señor, o es el commienzo?»
(Victor Hugo)

El camporaso cercano a Suraide, paraje situado entre Ezpeleta y Saint-Pée. va a presenciar durante un tibio mediodía de ambiente luminoso, perfumado y sensual, brillante y enconado duelo del medioevo caballeresco. Las picas en alto, afirmados en los estribos, bien calzada la espuela, resguardados tras armaduras defensivas, caracolean frente a frente los tan apuestos jinetes sobre sus monturas de batalla, soberbios ejemplares hispano-arábigos.

El adalíd de Ezpeleta, tipo de vasco moreno, ágil, fornido y tan valiente como un Cid de las leyendas, presenta corcel negro reluciente que conoce de campañas bélicas bajo la enseña del reino de Navarra; noble animal con movimientos de brazos alzados, flexibles y récios, pisando en martillo, erizando la crin, dilatando las fosas y que sabe revolverse bufando en el combate. El de su rival, que es alazán de gallarda andadura, recibió el bautismo de sangre cargando a la morisma, y con firmeza hunde las relucientes herraduras en la tierra, bien enfrenado por su dueño, campeón de torneos y otras lizas. Ninguno de los dos caballeros conocía la amargura de la derrota.

Ambos se observan. Son jóvenes y de porte marcial. Se miran con aire retador, nervioso y altanero, anhelando la honrosa contienda. Parecidos

son los arneses y paramentos de uno y otro. En los cascos ostentan ondulantes cimeras; mas no trajeron sus broqueles de heráldicos emblemas. No obstante siempre quedará en pie que el oso empinante de Amezqueta iba a enfrentarse con el leòn rampante de Ezpeleta. Cubren sus cuerpos corazas de bruñido acero, llevando también protegidas las piernas y los brazos. Sus lanzas son de fresno vasco terminadas en ancho hierro euskáldún. En cuanto a las cabalgaduras, sus paramentos no difieren mucho, pues ambas son ligeras, llevan rendaje sencillo y se han desentendido de airón y gualdrapas dejando al descubierto la cabeza, el cuello y las ancas de los caballos.

Al toque del clarin anunciador del ataqué, el uno hacia el otro se abalanzan como ballestas. El choque sobreviene con estrèpito, levantando una nube

de polvo; las armas ofensivas botan rudamente al hallar un blanco en sus embites: la una hace brotar ronco son del yelmo de su adversario; la otra a poco destroza la coraza enemiga. Bridas y espuelas funcionan y hacen maniobrar con destreza a los corceles que, detenidos en la inercia de su carrera, se revuelven al mismo tiempo para volver cada cual al punto de partida. Ambos se mantienen firmes en la silla y, a la señal convenida, arrancan de nuevo los caballos acelerando el galope. Los campeadores cierran uno contra otro blandiendo y apuntando sus picas por bajo para tratar de hincarlas en los resquicios de los arneses que se les oponen. A cada golpe brutal, que cada cual resiste como puede, tambaleánse los lanceros sobre sus cabalgaduras enardecidas por el calor de aquella sangre africana que mezclada llevan con la furia

bética. Beltxa ha salido maltrecho del encontronazo, pero aún domina a su caballo frente a don Pedro. que se yergue altivo para volver a arremeter veloz, aprovechando el recelo y la vacilación que denota su contrario. Ha llegado el momento decisivo del duelo. Beltxa lo espera destartalado y jadeante, mas presto a afrontarlo con coraje y tesón. Arrebata la brillantez combativa de su adversario. Al nuevo choque, el vástago del Aralar echa su caballo sobre el negro corcel y túmbase èl mismo sobre el paladin ezpeletarra en quien hinca certero su lanza invencible por los gargueros; hundiéndosela hasta el alma... El aguerrido «Jaun Beltxa» cae muérto en medio de la arena sin exhalar una queja, mientras el vencedor de ~~la~~ lid tan disputada, se abraza al cuello de su noble alazán de guerra y, con el arnès destrozado y el hombro herido,

rueda por la campa a impulsos de formidable patada...

Entónces Guillemin habló mirando al bravo «ezpeletarra» y parodiando al adajio vasco:

-¡Como medisteis habeis sido medido!.

Pudo haber dicho lo que la inscripción euskética de la Casa Iriberria en San Esteban de Baigorri: «Infanzón sortu niz infanzón ilen niz». (Infanzon he nacido, infanzón moriré)

Y, ayudando a su amo a enderezarse: y levantarse de la montura:

-¡Sois digno hijo de Mosén Bertrand!

-E yo lo hice por Dios e por la dama mia - afirmó el triunfante campeador.

Los testigos de Ezpeleta recogieron el cuerpo que yacia en tierra, y Leremburdestacó a Lastiry para que requiriera urgentemente los auxilios espirituales del vicario Zelaia. ¡Jornada atri-

bulada fué ésta para el señor de Ezpeleta al conocer el ocaso de la estrella de su esforzado sobrino. ¿Se impondria una tregua? ¿El armisticio?.

La muerte y la gloria se aliaron en el escampo de las inmediaciones de Suraide durante aquel suave mediodia de brillante luminosidad, arómatico y embriagador. Por una vez habia triunfado el derecho unido a la fuerza. ¡Loor a aquellos héroes de la edad caballeresca, a quienes se les importaba un ardite la muerte, porque es vida cuando es honrosa!. ¡Loor a esos intrépidos y heroicos caballeros medioevales, cuya principal virtud consistía en glorificar el honor!

Mientras que èstos trágicos sucesos se desarrollaban en la planicie laburdina, doña Juana, posternada ante un crucifijo de marfil en el oratorio de su palacio, se rendía a su afligida zozo-

bra y temblaba como un lirio azul de la montaña.

XI

¡PASO A SU GLORIA!

»Una guirnalda de rosas sobre
la corona de laurel del caudillo«

Al encenderse la primera estrella en lo infinito de la bóveda celeste, gustó doña Juana con fruición deleitable y abandono venusto la miel de un prolongado beso. Su belleza y sus gracias sometíanse esclavas a la apasionada melodía que dictaban los lábios voluptuosos de don Pedro, que la rodeaba de sus brazos embrujándola. Sobre el galán iba extendiendo la providencia el

premio de su victoria, Un capullo en flor se abría exhuberante a la vida; en un jarrón muzárabe de la estancia los claveles silvestres del lago Giberta derrochaban esencias euskaldunas. Las flores se estremecian de placer en aquella especie de adormiento solitario.

Aquella noche la plebe nativa, endomingada, ébria de entusiasmo, subyugada por la hazaña del vengador de Mosèn Bertrand, se desató con transportes de alegria en la penumbra de antorchas oscilantes. La juventud se entregaba a su pasión bailando junto a los umbrales de la casa patricial, dosel bajo el cual pasó el soplo de la heroicidad, templo de leyenda, y con exaltación delirante brincaba y giraba al son del «tun-tun» y del «txistu», como si cumpliera un rito sagrado. Diríase que la danza era allí una religión. El fresco de la noche excitaba el ardor. Los dedos de

las danzarines castañeaban en el aire jovialmente; los mozos dibujaban arabescos de pasos complicados y las muchachas ágiles, ondulantes, trenzaban un «ariñ-ariñ» en torno de sus parejas, graves, serenas, apenas sonrientes. La elegancia y altivez de la raza revivían en los movimientos de sus bailes inspirados por las diosas del amor de los montes, esos santuarios impasibles de la tierra cuyo alma se abría como una sensitiva.

Acudieron a la fiesta las gentes de los contornos atraídas por la trompeta de la fama: pastores de cimas enhiestas sombreadas por pomaredas, castaños, cerezos y nogales; «gizones» lavadores de collados rientes que un regato besa y fecunda; el pescador del turbulento cantábrico que a la sazón arponea al cetáceo; «neskatillas» con olor a manzanas «pamplonejas», de andares

de gacela, cabellos rapados y arrumacos de gata mimosa, pertubadoras de corazones masculinos; matronas tocadas del capirote tradicional, perdido tan solo hace siglo y medio. Tambien los abates tomaron parte en la zarabanda; y es bien sabido que los curas de aquellos tiempos eran los primeros en el deporte y en las danzas. El «auzapeza» de Eyalar miraba por el orden apoyado en su bastón de autoridad civil. El de Errenta-baita le acompañó. Guillemín velaba en el castillo.

La algarabía de la muchedumbre rural atronaba el espacio y, ante la fachada del castillo, criados palatinos servían sin tasa a todo el mundo ventruda «suillas» de «sagardúa» y enormes ollas de reparadoras viandas. Un fulgor de akelarre parecia sacudir aquel desenfreno incitando como un cortejo de genios invisibles que en torno de brillante ho-

guera bailaran el «ezku-dantza» y el «mutziko» al son de típicas «txirulas», cuya madera sabe la pena de los ruiseñores. Los vítores se repitieron tras de cada danza hasta que un heraldo, linterna en mano, anunció la hora de retirarse los señores. Agonizaron las teas y más se adivinaba que percibia la densidad corpórea y enigmática de la Torre-defensa, con su rostro de brujo, en actitud de dignidad distraida. Las sombras se alargaban como en un aguafuerte de Goya. La algazara impedia el sueño a las palomas.

Las parejas se marcharon entonando canciones de marcha, ansias de amores, promesas de renovación. Los «irrintxinas» saludaban desde lo alto de los picos; pero los bardos vascones se permitieron continuar aún frente a la mansión celebrando las hazañas del terruño con sentimiento religioso de respeto

guera bailaran el «ezku-dantza» y el «mutziko» al son de típicas «txirulas», cuya madera sabe la pena de los ruiseñores. Los vítores se repitieron tras de cada danza hasta que un heraldo, linterna en mano, anunció la hora de retirarse los señores. Agonizaron las teas y más se adivinaba que percibia la densidad corpórea y enigmática de la Torre-defensa, con su rostró de brujo, en actitud de dignidad distraida. Las sombras se alargaban como en un aguafuerte de Goya.La algazara impedia el sueño a las palomas.

Las parejas se marcharon entonando canciones de marcha,ansias de amores, promesas de renovaciòn. Los «irrintxinas» saludaban desde lo alto de los picos; pero los bardos vascones se permitieron continuar aùn frente a la mansión celebrando las hazañas del terruño con sentimiento religioso de respeto

ancestral.

En la habitación señorial, de anchos frisos de roble tallado y «kutxas» o arcones labrados en figuras geometricas; de paredes engalanadas con pánoplias guerreras y piso tapizado por pieles del oso de las grutas inmediatas y del jabalí y el lobo que merodean por riscos cercanos, la dama de Saint-Pée, al pecho una rosa pálida, rendida al enaltecedor de su nobleza, ofrendóle nuevamente la flor perfumada de sus lábios parleros de «ampolari», sabrosos como una fruta abridera.

-Si ya fué vuestra toda verdadera mi alma, he de darvos hoy entera la existencia; y completa la mia honra, pues ya non puede decir nadie que vos quise conquistar con ella. E tomadme presto en vuestra gloria, dueño mio, e tenedme siempre, que non puedo vivir más sin el calor y el amparo de tan

fermoso y amante corazòn.

Permanecieron aún algunos instantes junto al nicho de un ventano atisbón, contemplando los transportes de felicidad con que el pueblo compartía la del linaje local bajo el parpadeo de las estrellas y el beso blanco de virgen, de la luna.

Después, se refiraron a descansar en el tálamo suntuoso. Entonces las palomas se durmieron paladeando su felicidad.

¡Y tremoló triunfante en las ondas del aire el «irrintzina» de los gallos de Euskal Erria, pregonando con la voz enardecida de sus bocinas bullangueras el lema solariego guipuzcoano: ¡Viva Amezqueta». ¡Clarines triunfales en una noche divina!. Amor satisfecho todo lo embellece y redime.

Este lance amoroso fuè el lance de que más pudo enorgullecerse aquel he-

róico caballero lanceador.

¡Paso a su gloria!

—

EPILOGO

EL HISTORIADOR DE MUÑATONES

«La victoria de las victorias
es la pérdida de todo»
(Ibsen)

Este episodio de la edad caballeresca, que hemos titulado «El caballero de Amezqueta», no es exclusivamente hijo de la fantasia del autor, pues ha sido fundado en textos históricos. Y si el lector no iniciado desea percatarse de ello, acuda a la brevisima noticia que D. Lope García de Salazar, el ya citado famoso cabailero de la tierra foraliega, trocando el hierro por la pluma,

legó en su célebre libro de linajes que lleva por nombre «Bienandanzas e fortunas».

LA HERENCIA DE MOSÉN BERTRAND

Pedro de Amezqueta y Juana de Semper tuvieron a D. Ojer (Jorge) de Amezqueta y Saint-Pierre, que sucedió en el solar de Amezqueta y casó con la heredera del palacio de Lazcano; y don Juan de Amezqueta y San Pedro, que heredó la mansión de Saint-Pée. Este sirvió, como su hermano Ojer, a D. Enrique III de Castilla y a su hijo D. Juan II; fué en 1430 a Inglaterra como embajador de D. Juan II cerca de D. Enrique VI de la Gran Bretaña y entroncó con la vieja cepa del condestable de Navarra conocido por Pierres de Navarra. Mosén Juan llevó tambien en dote el palacio de Leaburu situado en tie-

rras de Tolosa.

MUERTE DEL JAUN DE VERA

Juan de San Pedro peleó el año 1413 con su comarcano el bravo Alzate de Navarra, sorprendiéndole durante una aurora junto a su propia fortificación en Vera, de donde el sitiado caballero hizo una salida tan valiente como temeraria, que dió por resultado la muerte del gamboino de Alzate y de un hijo suyo. ¡Si el pudonoroso Mosén Bertrand hubiera entónces levantado la cabeza para verse vengado por su nieto!...

DERROTA DE LOS GAMBOINOS

Ese señor de Alzate dejó por heredera una hija que casó con D. Juan de Gamboa, de Rentería de Goyazu, reuniéndose entónces todos los gamboinos

de Guipúzcoa con los «sabelgorris» de Urtubie en Urruña para vengar la muerte del de Vera, llevando sus gentes tumultuosas por Irún y a través del Bidasoa, se dirigieron en son de guerra hacia Saint-Pée, mientras las patrullas de Alzate, salvando las montañas, caían sobre los «sabeltxuris» semperetarras por la retaguardia. Acompañado de su partida y de las de sus parientes, allegados y deudos ultrapirenaicos, entre ellas la de Aramburu, (además de ciento cincuenta fornidos muchachotes guipuzcoanos que le mandó de refuerzo su hermano Ojer desde Amezqueta, Lazcano y Leaburu en nombre de los oñacinos de Guipúzcoa), Mosèn Juan salióles al encuentro jinete en su mejor caballo de pelea y, entre San Juan de Luz y Saint Pèe, los desbarató, causándoles muertes y persiguiendo a los demás a la marisma por Olabarrieta, en la desembo-

cadura de la Nivelle, donde, por ser el momento de la pleamar, se ahogaron muchos enemigos, huyendo desaforados los restantes con abandono de armas, bagajes, mulas y asnos. En total ciento cincuenta muertos de Gamboa, incluso su caudillo. ¡Si el valiente abuelo paterno D. Martin Murua y Lazcano se hubiera a su vez erguido en la tumba para presenciar la venganza de aquel retoño de su raza!... Este suceso tuvo lugar en las postrimeras del reinado de Carlos III, El Noble, de Navarra. (1361-1425) monarca que vivió en leal amistad con Francia, Castilla y Aragón y murió bendecido por sus sùbditos.

PERSONAJES SINIESTROS

En 1612 el Parlamento de Burdeos envió a San Juan de Luz al magistrado Pierre de Lancre y al presidente Des-

paignet para que incoaran el famoso proceso contra aquellas supersticiones puramente imaginarias de Laburdi.

El señor de Urtubie se negó patrióticamente a apoyar las gestiones oficiales de los inquisidores.

Fanáticos, inexorables, crueles, terribles, estos funcionarios, esbirros de funesta memoria, profanaron y mancillaron la casa torre de Saint Pée instalándose en su recinto y condenando a muchos infortunados a la purificación de sus desvíos terrenales por el suplicio del fuego. Se retiraron cansados de inmolar a su dios víctimas propiciatorias en el altar ígneo de los sacrificios...¡Oh, miserables verdugos sacrílegos!...

MASAS DE PIEDRA SIN SENTIDO

¿Qué se hicieron aquellos nombres laburdinos de los siglos medios, olvida-

dos por el tiempo ingrato y por la sociedad impía, como sus casas torres, páginas de piedra de la historia, vestigios, huellas, reliquias del pasado, memorias que hoy presentan estado tan miserable?¡Al pensar en vuestra sobriedad racial,preciso escreer que - si como a veces simulais - tuvierais forma humana, estariais con el dedo índice puesto en los lábios! Por la noche, cuando los ventanos quedan ciegos de luz, el caserón se puebla de sombras.

Las ramas de Semper, de Urtubie y de Ezpeleta, tan antiguas y poderosas, encumbradas por sus servicios a las coronas de Navarra, Castilla, Inglaterra y Francia, han desaparecido del país. El castillo de Saint-Pée,situado al extremo del pueblo de su nombre,sirve en parte de granja y la otra porción de refugio de reptiles. La Torre de Aramburu, en Sara, aún cimea solitaria uti-

lizada como casa de labranza. ¡Palacios de magnates convertidos en corrales! La fortaleza de Ezpeleta, de obscura patina y sobria linea, con las transformaciones posteriores que sufrió, se halla destinada a escuela, presbiterio, alcaldia y juzgado. ¡Ya no son sino masas de piedra sin significación, en que gime el cierzo como un suspiro, y que no tardarán en rodar hechas pedazos!... ¡Quizás sea mi humilde labor atenta a la historia, uno de los postreros homenajes que se les rinda en »vida»!

EL ALMA DE LA INFANZONA

Pero en la hóspita y emotiva casa ancestral de La Nivelle cierta noche estival en que trazaba éstas cuartillas, percibí flotar por el vacio cual tenue girón de niebla, alba sombra impalpable... En mi alucinación, extático sentí que el aleteo de un aura misteriosa rozaba mi

frente musitando quedo, muy quedo, como un suspiro:

-Soy el espiritu de la dama de Saint Pée...

Y cayó al suelo mi pluma anonadada..

¡Gaishúa!

Martín de Aguirre.